

Notas

EL PROBLEMA SOCIAL COLOMBIANO

Por Alejandro González G.

Mientras en el Honorable Senado de la República y en la prensa toda del país nuestros dirigentes políticos se traban en dura lucha, y pugnan estrechamente por definir con toda nitidez quién es más digno, quien más puro, quién más virtuoso, el problema social económico va alcanzando graves proporciones. A veces es aprovechado como pretexto para herir y derrotar al adversario político, pero sin que los que lo aluden o mencionan se tomen el trabajo de dar a sus críticas una dirección positiva y de sana orientación.

Cuál es el problema social-económico colombiano? Desde un punto de vista técnico requeriría extensas y complicadas explicaciones, fuera del alcance nuestro y del que nos lee. Para la comprensión común basta con señalar sus más agudos caracteres: proceso de desvalorización monetaria, déficit en la masa de bienes materiales consumibles, consecencial desproporción entre los ingresos provenientes del trabajo y los costos de subsistencia, cargas fiscales excesivas y antitécnicas, desempleo, apetito desordenado de ganar, especulación, relajación de los lazos morales que han de atar a los hombres, en la producción y el intercambio de bienes materiales. A tales males, como si fueran pocos, añadimos los colombianos los odios y desconfianzas, los resentimientos y las injurias que a diario nos transmiten, desgraciadamente, muchos de nuestros hombres políticos.

Las soluciones de largo, mediano y aún de corto alcance, de suyo difíciles y que exigen la buena voluntad y cooperación de todos, no llegan por que quienes principalmente tienen la obligación de atender a ellas se entretienen en el pequeño espectáculo político. Así, en medio de la ceguera de muchos y de la angustia de otros, el enemigo del país, de su cultura y de su tradición, el que hace negocio y objetivo político de la crisis que atravesamos, el comunismo, toma posiciones, emplea el descontento del pueblo, incendia buses, destruye comercios, hace demostraciones de poder en la capital de la república y en las ciudades de la Costa Atlántica.

Es difícil persuadir a muchos de que el comunismo es un ente real, un peligro vivo y actuante. Desconfían de que exista y de que tenga importancia práctica, porque tanto se ha abusado de él como amenaza, tanto se ha empleado para ocultar intenciones políticas, para desviar la atención de las gentes de actuaciones gubernamentales, que acaban éstas como los pastores burlados de la fábula por no creer en los gritos que piden ayuda para conjurarlo. Y sin em-

bargo está ahí, acechando, ofreciendo el halago de imposibles soluciones económicas, detrás de las cuales viene su cortejo de errores de todo orden, y su negación de los valores absolutos que rigen toda sociedad. Su exigua minoría de dirigentes, mimetizados, ocultos en organizaciones aparentemente anodinas, o dispuestos en pequeños grupos de combate, toman como propios los reclamos económicos que formulan las gentes. Ciertamente su falta de moral, su insensibilidad y sus propósitos no los guían a reclamar lo que consideran justo, sino a precipitar a los que de verdad buscan justicia en el desorden, propicio a sus planes de dominación. De paso su inmoralidad sin escrúpulos les hace encontrar como aliados ocasionales a quienes, dentro de nuestra indisciplina y anarquía temperamentales niegan sistemáticamente la legitimidad de todo poder político y viven en permanente plan de subversión.

Una visión recortada y mezquina del problema de la penetración comunista entre nosotros, hace pensar a muchos que es él exclusivamente policivo, susceptible de una sola solución: la de la fuerza. Generalmente el que de la sociedad actual, tal como se halla establecida, sólo quiere salvar una sola cosa, su dominio privado, se dedica a gozar de él, a disfrutarlo abusivamente, contra toda norma de moral social; cuando el ladrón le amenaza, llama al policía de la esquina, a cuya vigilancia le entrega su tranquilidad personal. Mas cuando el tesoro que un hombre o que una nación guarda no es sólo su pequeña satisfacción de poseer, sino la verdad, religiosa, moral, científica, artística, etc., cuando defiende su destino total, no espera a que todo se haya podrido en sus raíces para conjurar el peligro. La miopía burguesa no se da cuenta de que el comunismo recoge, agudiza y exprime las consecuencias de las culpas y pecados humanos, que las aprovecha en beneficio de sus planes diabólicos. En este sentido puede decirse que el especulador, el insensible a los males sociales, el que de su derecho de propiedad hace un feudo inaccesible al prójimo, ese tal sirve torpemente a los fines marxistas; acaba destruyéndose a sí mismo.

Nuestra posición católica ante la penetración comunista no consiste sólo en esperar que la fuerza pública la contenga. Ni el macartismo, actitud de pesquisa o de inquisición ante sus pasos, tiene poder y fuerza suficientes para sustituir las riquísimas soluciones doctrinarias, ni los tesoros de caridad que ofrece la Iglesia para contenerlo y dirimir la gran contienda social en la que trata de salir triunfador el marxismo. Es traición y cobardía de los cristianos en la hora actual colombiana entregarse al juego inicuo de la especulación económica, de la ganancia fácil, del enriquecimiento con los despojos de un pueblo que no llega con el rendimiento todo de su trabajo a cubrir sus más elementales necesidades de alimento, de techo y de educación para los hijos. No nos halagamos cómplices de este comunismo que amenaza tomarnos y destruir los únicos valores que en toda sociedad deben conservarse. Sintámonos responsables, individual y colectivamente, del deber que nos da nuestra condición de seres sociales. No esperamos a tener qué lamentarnos de lo que hemos dicho.

LA EDUCACION PRIVADA

Por Gabriel Henao Mejía

Se habla ahora —con sospechosa insistencia y con no disimulado afán demagógico— de que es irritante que en Colombia las dos terceras partes de la

educación secundaria sean de carácter privado. Se afirma igualmente, que ella se ha convertido en un auténtico negocio, en donde lo cultural poco o nada influye. Y se agrega que la insuficiencia del bachillerato colombiano se debe precisamente a esa causa: la educación secundaria convertida en tráfico particular. Las cosas, dichas así, sin ahondar en la realidad, pueden desconcertar a muchos, máxime ahora que la incidencia de factores sociales y económicos de índole varia contribuyen a que el hombre medio colombiano esté pronto —por la angustiosa desorientación que lo rodea y asedia— a seguir cualquier ruta, a escuchar sin prevención cualquier concepto, sobre todo si lo dicho se adoba con incisivas agresiones contra lo establecido y se amplifica con falaces promesas por un mundo mejor.

Pero para clamar por la oficialización de la enseñanza secundaria hay que pensar primero en su factibilidad. Sabemos —y el dato conturba— que hay medio millón de niños colombianos que no van a la escuela. Hacen falta en el nivel elemental de la educación muchas escuelas y muchos maestros. Un problema de siempre que nunca ha podido resolver el Estado. Y no lo ha resuelto por varios factores, uno de ellos principalísimo y decisivo: la escasez de presupuesto. Así lo confiesan sin ambages. Y si el analfabetismo es tan grande y lejos de desaparecer aumenta, y poco puede hacerse para menguar su porcentaje, cómo pretendemos ahora que el Estado asuma el control de la educación secundaria, si carece de personal apto, de locales adecuados, de presupuestos suficientes para cumplir su misión —que es canon constitucional— de dar a los niños colombianos siquiera el elemental conocimiento de leer y escribir?

Y si hay impreparación en nuestros bachilleres —una tesis que no se ha probado suficientemente— ello no puede atribuirse sin más ni más a que los colegios sean centros fenicios, máquinas de hacer dinero, que no aspiran a otra cosa que a acumular utilidades. Antes que todo la culpa es del Estado que siempre ha tenido como conejo de laboratorio al nivel secundario de la educación. La trayectoria del bachillerato entre nosotros es absurda por decir lo menos. Cada nuevo titular del ministerio respectivo ensaya sus programas, demuestra su afán de trabajo experimentando con la educación secundaria. Los pumneses se suceden con la misma regularidad que lo hacen los titulares del Ministerio. Las disposiciones reglamentarias forman ya —respecto al bachillerato— una intrincada y ofuscante legislación que entraba y daña aún los mejores propósitos de progreso. Todo sin orden, sin método, un tanto improvisado, un mucho equivocado. Hasta llegar a lo de ahora: una selva de asignaturas y una montaña de requisitos y normas, que no dejan campo a la profundización, todo disgregado, inorgánico, descoyuntado.

Quisimos dejar —adrede— para el final, lo relativo al negocio en los colegios de segunda enseñanza. La ubicación ideológica de extrema izquierda en que se encuentran situados los detractores de la educación privada, y el hecho de que sea la Iglesia católica, a través de las comunidades religiosas y el clero secular, la que dirija el más alto porcentaje de colegios secundarios en el país, ya muestra evidentemente de dónde y con qué fines aviesos, y hacia dónde y para quiénes están dirigidas las sistemáticas críticas de última hora. Se rechaza la educación privada secundaria no porque sea privada sino porque es católica. Esa es la verdad llana y palpable. Y se habla de democratización en este nivel y se ignora audazmente que nadie, seguramente, ni el propio Estado, ha dado mayores muestras de ello, claro que sin aspavientos ni reclamos, que la Iglesia. Esto lo sabe el hombre colombiano que sin excepciones —aún los mismos detrac-

tores de ahora— han recibido su educación en colegios católicos. Y lo de las grandes utilidades, otra farsa. Las utilidades, cuando las hay y son pequeñas siempre, se destinan a mejorar el nivel de vida del profesorado, a adecuar los edificios, a actualizar el material docente. No hay un colombiano que se haya enriquecido enseñando. No hay un colegio que dé utilidades superiores a las del más modesto oficio liberal o comercial. La educación, pése a lo que se ha afirmado, sigue siendo —afortunadamente— una misión, un apostolado, un servicio.

DISCURSO DE CLAUSURA DE LA SECCION DE BACHILLERATO

Por Alberto Restrepo Albeláez

La educación católica es una educación humanista, por lo mismo que es una educación integral. Parafraseando el verso del poeta de ella pudiera decirse que nada de lo humano le es extraño. En efecto, ningún substrato del hombre se le escapa: no proscribire al cuerpo con falsos ascetismos ni lo muestra en exhibiciones idolátricas e impuras; en nuestros campos de deporte se distienden nuestras terrestres estructuras en prosecución de una ataraxia, que no soñaron los griegos. No deforma la mente con el hábito de una sola disciplina ni la inficiona de soberbia con el mito racionalista; la educación católica busca ofrecer a nuestra inteligencia la realidad en todos sus aspectos accesibles, y da al conjunto la unidad y base del pensamiento filosófico. No deforma la voluntad en pragmatismos y yogas inhumanos; la educación católica pretende que alcancemos esa suprema y excelsa libertad de los que llevan los carismas del espíritu.

La educación católica es una educación teocentrista. Porque el hombre no es únicamente ser en el mundo, porque el hombre también está adscrito a lo intemporal y trascendente, la educación católica se orienta a la Divinidad. Ella trata de perfeccionar en nosotros la imagen que somos de Dios mismo, esta concreta participación que somos del Ser fundamental y absoluto; y el sujeto de esta educación presencia en sí mismo y en toda su amplitud la recreación de las inmortales virtualidades del espíritu.

Por fuerza de lo anterior, la educación católica tiene de confluír en el mundo sobrenatural y de la gracia. Sólo desde este plano superior se comprende la verdad como "aletheia", vale decir como descubrimiento... porque la educación católica condúcenos a Cristo, Verdad increada que nos liberta y nos descubre al Padre, y que es nuestro único maestro.

La educación católica es, por último, una educación jerárquica porque sus directrices esenciales nos vienen del Papa y los obispos, que por propio derecho enseñan en nombre del Maestro, asistidos por el Espíritu Santo en su sagrado magisterio. Y esta nota de su jerarquismo es prenda irrefragable de su seguridad en la verdad. Con ello, ningún principio definitivo para el hombre jamás podrá frustrarse.

Y lo que tal educación realiza en la persona individual, en seguida va a informar radicalmente las capas todas de la sociedad. De allí que la docencia católica sea por excelencia creadora y plasmadora de cultura. El educador ca-

tólico, conocedor de la naturaleza humana, a la vez que cimenta su pedagogía sobre plintos imperturbables e inmutables, individualiza a cada caso su enseñanza; toma en cuenta la edad y toma en cuenta el sexo, se percató del ambiente y de la época, sintoniza con cada temperamento y con cada vocación. Ello es que el proyectarse precisamente la educación católica en dimensiones colectivas, a la par que conserva y remozó la cultura tradicional y la cultura universal, da esbozo y da culminación prodigiosos a las culturas autóctonas.

Una educación católica lograda plenamente sería, pues, no solamente salvación del hombre en sus dimensiones temporales y en sus eternas dimensiones. sino que, además, sería el exclusivo instrumento capaz de conquistarnos la paz tan anhelada, como tranquilidad en la posesión del orden y de la justicia. Es más, señoras y señores: nuestro deseo de un arte y de un estilo colombianos, de una ciencia nuestra, de una filosofía y de un derecho que, partícipes de la común verdad del genuino cristianismo, tengan el sabor propio de nuestros modos colombianos de ser y de pensar; ese deseo, en fin, de una auténtica cultura colombiana original y acorde con el progreso de los siglos, no va a realizarse sino es por medio de la educación integral, de la educación humanista, de la educación teocéntrica y jerárquica y sobrenatural, que dije ser la educación católica.

Frente a la educación católica, otros sistemas quisieran implantarse: el marxismo, que no sólo rechaza lo más elemental de la cultura de Occidente, sino que también trata de moldearnos en sus formas rígidas y brutas, quizás pueda imponerse por un castigo de la Providencia; pero antes habrá tenido que romper las líneas más claras de nuestra nacionalidad, habrá tenido que arrasar nuestro perenne idealismo y difuminar la colombianidad en un culturismo cosmopolítico y mostrenco.

Por otra parte, los sistemas laicos y descristianizantes ya han mostrado ante la historia su medular ineptitud para educar nuestro país. La crisis moral que hoy día afronta la república tuvo en ellos una de sus causas más trágicas y próximas...! Y aún maquinan entre bastidores masónicos resentimientos...! Y aún hay inmodernos en cátedras y prensas adictos al positivismo...! Y mientras tanto el socialismo ya franca y paladinamente nos muestra a diario su faz impura y pavorosa...! Mas, ya la patria a sufrido demasiado sus torpezas, y hay una voz de alerta que despierta nuestros ánimos!

Creo haber pergeñado a grandes trazos la intrínseca necesidad y conveniencia de la educación católica. Así mismo, hice una alusión somera al fracaso y a la peligrosidad de tipos educativos distintos del verdadero cristianismo. Una lógica conclusión de esas premisas es el deber y la necesidad de prestar un apoyo y una colaboración decidida a la educación católica.

Ultimamente, la educación privada ha sido víctima de tendenciosa crítica. En el fondo, el laicismo vuelve a levantar su fatídica bandera. No es mi propósito mostrar cómo un control excesivo por parte del Estado coarta la ini-

ciativa particular y atenta contra el sagrado derecho que tiene la familia ni cómo también destruye de raíz cualquiera sana libertad de cátedra. Quiero no más advertir que los ataques referidos persiguen lesionar la autonomía y la prosperidad del colegio y la universidad católica.

Confío que en ninguno de vosotros exista el egoísmo, ni el desamor, ni la indolencia, ni la despreocupación de muchos, que siguen empeñados en luchas mezquinas y dementes mientras están en juego nuestros valores decisivos. Confío en que de vuestra parte habrá siempre un serio afán por solidarizaros con los establecimientos docentes informados por el espíritu de Cristo. Concretamente, confío en vuestro amor y en la adhesión vuestra a la Universidad Pontificia Bolivariana. La Universidad Pontificia Bolivariana trata de cumplir entre nosotros esa alta misión de la educación católica. Ya se ha convertido en símbolo de la nacionalidad como creadora de una auténtica cultura esencialmente cristiana y genuinamente colombiana. Como todo lo propio de la Iglesia, la Bolivariana mantiene un fino aprecio de la intimidad de la conciencia. De allí que no imponga tampoco coactivamente las ideas ni rechace de su amistad a los que no comulgan con su credo. Con ellos entabla un diálogo cordial y sincerísimo. Por eso el hombre puro no la teme, y el corazón noble la ama siempre. No es incompatible con sus grandes ideales de una educación católica el que en sus aulas puedan encontrarse para aprender ciencias humanas educandos de diversas religiones. Ninguno se ha quejado: la Bolivariana respeta la buena fe de sus conciencias y siempre los tendrá como sus hijos. Un ejemplo de tal convivencia y caridad es difícil de encontrarlo en medios alejados de la Iglesia.

Señores bachilleres: yo creo que la juventud es el problema y el objeto central de nuestra educación. Como compañero y como hermano bolivariano, al felicitaros, no tengo más que deciros que no os dejéis ganar por la mediocridad, que si acaso llegáis a determinados medios impropicios no permitáis que perezca vuestra pureza y vuestro idealismo. Amad el destino de nuestra juventud, que es el destino de los héroes. No olvidéis que sólo Cristo puede satisfacer nuestro deseo ineluctable de heroísmo. Sed fieles, pues, al espíritu que habéis recibido. Quedáis comprometidos a llevarlo hasta sus consecuencias últimas. Tened como una constante vocación la de establecer en nuestros medios una educación católica perfecta. Yo, que hubiera querido hablaros de la educación según la mente de nuestro glorioso Pío XII, que lloramos todavía, propósito que no logré dada la magnitud del tema y la escasez del tiempo y de mis fuerzas, yo os pido, señores bachilleres, que recordéis siempre esta frase que una vez diridió Pío XII a mil quinientos estudiantes franceses: "Es cosa sabida que vuestra juventud es lo primero que se discute; ella es antes que nada lo que se quiere ganar".
